



Pasado y Memoria. Revista de Historia  
Contemporánea

ISSN: 1579-3311

pasadoymemoria@ua.es

Universidad de Alicante

España

Sotillos Palet, Eduardo  
LA II REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL EN EL DEBATE POLÍTICO ACTUAL  
Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea, núm. 6, 2007, pp. 119-127  
Universidad de Alicante  
Alicante, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=521552316007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## LA II REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL EN EL DEBATE POLÍTICO ACTUAL

Eduardo Sotillos Palet

El tema planteado en el título de este trabajo explica en sí mismo la enorme dificultad de realizar un tratamiento cerrado, estrictamente académico y absolutamente desapasionado. Porque no se trata de ofrecer una mirada histórica más sobre los convulsos –para muchos, también esperanzados años de la Segunda República– y el terrible trienio de la Guerra Civil, sino de levantar acta de la vigencia de esa confrontación en la sociedad española del siglo XXI.

La primera conclusión –y en eso al menos creo que todos estaremos de acuerdo– es que a pesar de las muchas décadas transcurridas y del relevo generacional, las heridas producidas entonces, así como el flujo de simpatía por alguno de los bandos en conflicto, siguen haciéndose evidentes y provocan enfrentamientos de gran calado.

Podría sorprender que gentes nacidas después de la guerra, hombres y mujeres que forman ya parte de la categoría de los jubilados o jubilables, pero incluso aquellos que hoy tienen menos de cuarenta años y, por tanto, se han formado ya en el ámbito de la democracia –a los que les cuesta identificar a los protagonistas de la Transición– sigan vibrando y se identifiquen genéricamente con los vencedores o con los vencidos. Podría sorprender, pero no debe sorprendernos. La huellas de una guerra civil son las más difíciles de borrar. Ni siquiera en los Estados Unidos se ha eliminado completamente el recuerdo de la adscripción a la Unión o la Confederación en la Guerra de Secesión. Y ahí no se trata de la memoria de décadas sino de centurias.

En España, además, es inescapable la consideración de que durante cuarenta años el bando triunfador realizó un enorme esfuerzo por perpetuar la Victoria y recordar machaconamente la perversidad intrínseca de los derrotados. La legitimación del régimen se basaba en el triunfo de las armas y era por tanto imprescindible exaltar ese hecho en los desfiles militares, en los nombres de las calles y plazas, en las lápidas conmemorativas, en los discursos oficiales y en los medios de comunicación. Durante cuarenta años no hubo más héroes que los

del bando nacional ni más criminales que los de las hordas republicanas. Durante cuarenta años, si bien es cierto que con alguna inflexión en el lenguaje según el régimen tenía que irse acomodando a las relaciones con las democracias triunfadoras en la Segunda Guerra Mundial y a la propia Iglesia vaticana, cuando corrían vientos conciliares, los españoles vivimos una predicación constante contra todas las ideologías que habían apoyado la República. Los comunistas llevaron la peor parte, agravada su situación además, porque muy pronto los Estados Unidos convirtieron a la Unión Soviética en su enemigo de referencia y consideraron a Franco, por lo menos, como un bastión contra el comunismo y le hicieron su aliado. Los socialistas no se salvaron de la persecución, a pesar de que la presencia de laboristas y socialdemócratas en los gobiernos europeos condicionaban la represión, y en el magma de los enemigos se fundían liberales y demócrata-cristianos cuando, como en lo que llamaron «contubernio» de Munich, formaban parte de plataformas que reclamaban la democratización de España y, precisamente, la superación de la Guerra Civil.

Recordar, aunque sea con trazos muy gruesos, lo ocurrido durante aquellos cuarenta años, resulta imprescindible para entender aquellos que ahora reclaman la recuperación de la Memoria Histórica, creo que sin ningún ánimo de revancha, sin la obsesión de fabricar otros vencidos, pero sí con el legítimo derecho a recuperar la dignidad y llevar al conocimiento de las generaciones actuales otra visión distinta de la realidad histórica que la imperante en las aulas y los medios de comunicación, en los años de formación en escuelas, institutos y Universidad durante los largos años del franquismo y que era, por otra parte, la visión única en la prensa, la radio, la televisión y el cine, controlados por la censura. No se trata, creo, de ocultar los errores, los excesos y hasta los crímenes cometidos en la zona republicana, que ya fueron denunciados hasta la saciedad, perseguidos y sumariamente castigados por el bando vencedor, sino de sacar a la luz, con todo derecho, los errores, los excesos y los crímenes de los que fueron víctimas quienes apostaron por la legalidad republicana y que no han tenido reparación. Y sobre todo, poner de relieve algunos de los elementos positivos de los llamados valores republicanos y algunos de los avances experimentados en este país en terrenos como el de la educación muy particularmente. Algún homenaje merecen aquellos maestros que, no por casualidad, se convirtieron en el colectivo más castigado al término de la Guerra Civil.

Porque el hecho cierto es, muy gráficamente expresado, que la Cruzada de Liberación, exaltó y premió en la medida de lo posible a los que llamaron mártires, y ocultó en fosas comunes, que sólo ahora vamos descubriendo con horror, a los republicanos asesinados durante la contienda o ejecutados en los momentos posteriores al fin de la Guerra Civil. Todavía hay muchas placas en iglesias españolas con la lista de los gloriosos caídos por Dios y por España y escasísimos recordatorios a las víctimas del otro bando que defendían simplemente otra idea de España.

Transcribo la carta del nieto de un fusilado en Madrid en 1939: «No puedo más que agradecer a Almudena Grandes su artículo publicado en *El País Semanal* y aprovechar la ocasión para reivindicar y dignificar la memoria de esos

2.663 fusilados en las tapias del cementerio del Este, hoy llamado de la Almudena. Los reivindicó como memoria colectiva del Madrid de las libertades, del Madrid plural. Aunque este Madrid se mantenga en silencio y no tenga ni una mínima mención en lo poco que queda de tapia. Javier Moreno».

En contrapartida, todavía hoy el papa Benedicto XVI ha autorizado la beatificación de 148 religiosos españoles y una laica, que se suman a los 87 procesos que están en curso y a los 479 beatos y 11 santos que ya han sido declarados como tales y que, según relata la corresponsal de *El Mundo* en Roma, encontraron la muerte por sus creencias religiosas durante ese capítulo negro de la Historia de España. Sigue así, escribe la periodista, el actual Papa la senda de Juan Pablo II quien rompió con la línea adoptada por Pablo VI de no entrar en un terreno, política y socialmente controvertido como es la Guerra Civil.

Queda pues, de manifiesto, que la práctica de seguir ahondando en el pasado, de seguir poniendo de relieve lo acontecido en la España de hace setenta años, no es una obsesión exclusiva de los vencidos. Resulta hipócrita, por tanto, dejémoslo en hipócrita, ese rasgar de vestiduras con el que se recibe cualquier iniciativa de recuperar otra visión del pasado que no sea la impuesta por los vencedores y que los más moderados apoyan en la idea de que todo quedó superado durante la Transición y sancionado el «borrón y cuenta ajena» por el texto constitucional. Tal vez tiene razón el profesor Ignacio Sotelo, cuando en su ensayo de reciente aparición, «A vueltas con España», escribe: Los factores que desencadenaron la Guerra Civil y las consecuencias que de ella resultaron, actuantes hasta la España de hoy, constituyen sin duda el tema principal al que ha de seguir dedicado el historiador de la España contemporánea, investigando, más que las causas, relativamente bien estudiadas, los efectos en los distintos ámbitos –políticos, económicos, culturales, sociales, religiosos– a lo largo de los últimos setenta años, sobre los que queda abundante tarea por hacer». Y llamo particularmente la atención sobre la frase con la que concluye el párrafo el profesor Sotelo: «Lo único que debe quedar claro es que la España de nuestros días es ininteligible sin una guerra civil en la que los ganadores y los perdedores hasta ahora siguen siendo los mismos». Pocas afirmaciones tan rotundas, seguramente tan polémicas como ésta. Pero, indiscutiblemente, un testimonio muy a tener en cuenta, porque demuestra que esa idea: la subsistencia de quienes se creen perdedores y ganadores en función de la biografía de padres y abuelos, late en el discurso reflexivo.

El debate, sin embargo, se abre a planteamientos contradictorios. En julio de 2007, en las páginas de *El País*, el historiador Santos Juliá se manifestaba rotundamente a favor del olvido. Para él, «la memoria histórica se plasma en relatos contruidos con el propósito de reforzar la vinculación afectiva de la persona o grupo que rememora los hechos del pasado que mantienen algún significado para su vida presente». Hasta ahí, Santos Juliá sigue abonando la tesis de la supervivencia de un recuerdo que provoca contratos de adhesión, pero lo hace para, inmediatamente después, desechar la posibilidad de que exista una memoria histórica que no se imponga desde el poder. Por eso tacha de absurda la misma existencia de una Ley de la Memoria Histórica y hasta la

acusa de enseñar una patita totalitaria: «No puede elaborarse –escribe– un único relato sobre el pasado porque ningún pasado –menos aún el de luchas a muerte– puede conservar idéntico sentido para todos los miembros de una misma sociedad». La única posibilidad que admite retóricamente Santos Juliá es la de hacer trabajar a jueces, fiscales y defensores... Pero inmediatamente resuelve: ¿sentenciar sobre hechos sucedidos hace decenas de años?

Es comprensible que, como historiador profesional, Santos Juliá opte por olvidarse de centros de la memoria histórica y potenciar los archivos y bibliotecas. Seguramente en esos recintos del saber han estado siempre a disposición de algunos investigadores pruebas documentales de los horrores desconocidos, pero intuitivos, de nuestra Guerra Civil. De hecho los propios nazis se dedicaron a almacenar sin sentimiento de culpa las evidencias documentales del holocausto. Pero también es cierto que el trabajo de los historiadores no puede sustituir la carga simbólica que supone un pronunciamiento solemne en el Parlamento español o, incluso, el debate habido en el Parlamento europeo sobre la condena del franquismo, que ha dejado muy a las claras la incomodidad de algún importante partido político español que, a pesar de haber nacido con la democracia, ha eludido siempre cualquier condena explícita de la dictadura. Destaco en este sentido, por provenir de un personaje que militó algún tiempo en la izquierda, las palabras del presidente del Partido Popular en Cataluña, Josep Piqué, que cerró filas con sus compañeros europeos y tras calificar al franquismo como «un autoritarismo de derechas» aprovechó la ocasión para descalificar a la República por sectaria y excluyente.

Lo cierto es, sin embargo, que el Parlamento europeo condenó tajantemente el franquismo y hasta reconoció la desidia de Europa, pues –cito textualmente–, «dejó solos a los españoles en un gesto de traición a la democracia». Ya es doctrina oficial en Europa que el 17 de julio de 1936, hace ahora exactamente setenta años, no fue el inicio de ninguna Cruzada ni la cirugía necesaria para salvar a España del comunismo y la masonería, sino un golpe de Estado en toda regla contra un Gobierno legítimo. El periodista Antonio Casado, dedicando su trabajo de recuperación a las que llama mentes enfermas y acomplejadas que se dedican a deformar la historia de aquellos fatídicos años, reproducía un texto poco conocido del duque de Maura, escrito poco antes de su muerte en 1963: «Hay que decir, en verdad, que para eludir el yugo soviético, aquí en España, la dictadura tuvo que sacrificar un millón largo de sus mejores, mientras que las naciones democráticas conjuran el peligro sin otro esfuerzo que movilizar dos o tres veces cada cinco años el cuerpo electoral».

El artículo de Antonio Casado, un veterano periodista, dio lugar a un instantáneo cruce de opiniones exaltadas entre sus lectores del diario digital donde fue publicado. Algunas, apoyadas en el anonimato de la red, son irreproducibles y son la mejor –o la peor muestra– del encono que sigue existiendo cuando se abordan estas cuestiones. Pero, aunque con un tono más comedido, resultan también muy significativas las recogidas en el foro de *El País* en respuesta a la pregunta: ¿Qué le parece el reconocimiento parlamentario a las víctimas del franquismo? Escribía RICV: «Una estupidez que lo único que busca y consigue

es reabrir viejas heridas. A cierto sector le interesa mantener viva la llama del odio, de las dos Españas. Por cierto, nadie ha reconocido a las víctimas de Paracuellos». Desde otro campo: «Tardío. Muchas de estas víctimas ya no están aquí para saborearlo. Se fueron a las tumbas con la injusticia a hombros y el estigma de los perdedores»..., o: «es vergonzoso que en pleno siglo XXI haya partidos «democráticos» que legitimen la dictadura franquista»... En una posición intermedia, Jacquot: «Lo que tendría que hacer el Congreso y todas las fuerzas políticas de la derecha, de la izquierda e incluso nacionalistas, es pactar un verdadero acto emocional de reconciliación nacional, que es, creo, la verdadera asignatura histórica pendiente de nuestra democracia. En esa terrible guerra hubo dos Españas y las dos tenían derecho a existir, mal que nos pese».

Mal que nos pese, puedo añadir ahora, lo que parece incontestable es que en el imaginario colectivo subsiste la idea de las dos Españas. No sé, no tengo apoyos sociológicos, para afirmarlo, si en el grueso de la sociedad española, entre la inmensa mayoría de los ciudadanos, pero sí, desde luego, en la expresión de muchos políticos y de muchos medios de comunicación. También, y de manera notable en escritores y periodistas que practican el reportaje histórico o asumen la condición de historiadores para desesperación de los profesionales de la investigación histórica. La mayoría de esos libros han nacido, valga reconocerlo, más desde una nueva trinchera que desde el sosiego de un archivo o una biblioteca. Pero se convierten en auténticos best-sellers y suministran de munición dialéctica a cientos de miles de españoles que los creen a pies juntillas. Incluso jóvenes estudiantes universitarios. No voy a citar los ejemplos más obvios, todos insertos en una corriente de revisionismo histórico que generalmente suele tender a justificar el golpe de Estado del 36 y retrotraer la responsabilidad de la contienda a la revolución del 34, pero sí voy a fijarme en un texto de menor repercusión pero que ha merecido el comentario del crítico Rafael Núñez Florencio en el Cultural de *El Mundo*. El libro se titula *Persecución religiosa y Guerra Civil*. Y el autor, José Francisco Guijarro, es sacerdote de la Archidiócesis de Madrid. Antes de entrar en el enjuiciamiento de la obra, el crítico escribe: «De un tiempo a esta parte, a rebufo de los acontecimientos políticos, se invoca la memoria histórica de manera selectiva, cuando no sectaria. Aunque el análisis sea riguroso –y no siempre lo es– este modo de abordar la revisión del pasado rebaja la historia a mera arma propagandística con la que se trata de deslegitimar al adversario en la lucha partidista»... Por cierto que, refiriéndose ya concretamente al libro del padre Guijarro, el crítico de *El Mundo* llama la atención sobre cómo se aborda el famoso debate de las Constituyentes republicanas en torno al hecho religioso y subraya la insinuación del autor de que ahí comenzó la persecución, que ésta abarca también el anticlericalismo de los intelectuales y que se llega a hacer una relación entre el laicismo, las quemadas de iglesias y los asesinatos de religiosos. Asimismo la legislación sobre el divorcio se califica como una provocación lanzada contra los católicos.

El libro del padre Guijarro no es una reedición de un texto publicado en los tiempos de la Causa General sino un trabajo editado en 2006. Incluso quienes escriben para mostrar su disconformidad con la ola de recuperar la memoria,

lo hacen tomando posiciones. Ése es el caso de Francisco Umbral al que, a veces el sortilegio de una frase redonda termina por traicionar sus convicciones. Umbral escribía hace bien poco sobre la República y acuñaba el concepto «operación melancolía» para sustituir lo que venimos llamando recuperación de la memoria. Umbral siente nostalgia por la II República y lamenta que haya sido posible la recuperación de aquella República con nostalgia asimilada y memoria histórica, que si hubiera sido un hallazgo para la España que todos parecen querer,... pero –avisa– ya tenemos muy cerca al nuevo Papa, a Ratzinger, un hombre que puede fabricar santos con mucha más eficacia y autoridad que los papas anteriores que –escribe Umbral– eran todos un poco beatas. Y esto lo escribe cuando Ratzinger aún no había llegado a Valencia y las familias católicas no habían abucheado a Rodríguez Zapatero. Si bien es cierto que en presencia de un Ratzinger que se había esforzado por mantener un tono conciliador con el Gobierno.

El actual debate sobre la conveniencia o no de actuar positivamente, incluso desde planteamientos legislativos en la recuperación de la Memoria Histórica, vemos, pues, que no es un invento artificial, sino que se corresponde con una demanda cierta, nos guste o no. Lo expresaba con su habitual inteligencia Máximo en uno de esos mensajes que acostumbramos a decir que son más profundos que los editoriales: «Si media España quiere rememorar y la otra media no quiere, es que España tiene aún dos cabezas, dos corazones y dos guerras civiles sin terminar». Ojalá no fuera así, y es verdad que durante algunos años pensamos que se había superado esa división y que podíamos asistir con gran naturalidad a actos públicos en los que compartían espacio herederos o protagonistas de los dos bandos. No estoy en condiciones de realizar afirmaciones, sino de transmitirles mis propias dudas. ¿No será que en el momento histórico de la Transición dispusimos de algunos líderes políticos capaces de tomar conciencia de la imprescindible necesidad del acuerdo, de aparcar incluso profundas y sentidas reivindicaciones ideológicas, de renunciar a la República, por ejemplo, con tal de implantar la democracia y superar el peligroso vacío que había dejado la muerte de Franco? ¿Pero no será también que esa gran habilidad, ese enorme pragmatismo, no fue capaz de borrar de un plumazo todo un mundo de recuerdos familiares, de alineamientos partidarios y culturales, en un país que se manifiesta bipolar incluso en las preferencias deportivas y que se reafirma frente al adversario? No tengo más remedio que usar los signos de interrogación, y espero que en estas jornadas, otros encuentren las respuestas. Pero, simplemente como observador de la política e impenitente y casi profesional lector de periódicos, no puedo dejar de anotar que ha bastado el reto de esta comparecencia ante ustedes, para que mi mesa de despacho se desborde con recortes que insisten en este tema. Ésa es mi documentación, que seguramente podría incrementarse hoy mismo.

Entre esos papeles, un artículo de Joan Saura, presidente de Iniciativa per Catalunya, en el que, tras asegurar que no puede considerarse igual la petición de paz, piedad y perdón de Azaña que la política de venganza que aplicó con saña el franquismo durante la guerra y la posguerra, se centra en el debate

sobre la conveniencia o no de esta recuperación de la memoria. Su argumento es éste: «En este debate sobre la memoria, a menudo la derecha política y mediática española confunde intencionadamente el olvido con la reconciliación, y la recuperación de la memoria histórica con una especie de venganza de los nietos que perdieron la guerra sobre los que la ganaron. Pero no se trata de romper nada, –añade–, al contrario, se trata de fortalecer la cultura democrática saldando antiguas deudas que ensombrecen la calidad de nuestra democracia». Y pone un ejemplo: «No es aceptable que después de 29 años de las primeras elecciones democráticas aún quede pendiente la plena rehabilitación política y moral de los fusilados por el franquismo, como el Presidente Lluís Companys, declarando la nulidad de los juicios que fueron sometidos, y el reconocimiento y dignificación de miles de desaparecidos, mientras subsisten símbolos como el Valle de los Caídos».

En las antípodas, Manuel Fraga –precisamente quien tuvo el gesto arriesgado de presentar a Santiago Carrillo en los albores de la democracia en una conferencia en el Club Siglo XXI de Madrid, gesto que provocó una cierta espantada de militantes en Alianza Popular– entrevistado por María Antonia Iglesias, no tuvo inconveniente en afirmar que no se arrepentía de haber dado conformidad a la sentencia de muerte contra Julián Grimau en 1963, toda vez que, además de haber sido un sanguinario asesino, volvió a su país no precisamente a colaborar en una transición pacífica, sino a la lucha comunista, a todo lo que los comunistas habían hecho en 1936. Fraga también aludió a la generosidad demostrada por ambas partes durante la Transición, para concluir: «por eso me irrita que hoy surja algún botarate que alimente el guerracivilismo como se está haciendo de una forma irresponsable y peligrosa, desenterrando fantasmas del pasado, promoviendo desde la reivindicación de la memoria histórica un encarnizado ajuste de cuentas. Además se está jugando con cosas muy serias, las relaciones con la Iglesia, la educación, la unidad de España».

Al respecto de estas palabras de Fraga, Ian Gibson publicó un artículo en *El Periódico de Catalunya*, titulado «Botarates y revanchistas» en el que además de dejar constancia de que no quedó demostrado en el juicio que Grimau fuera un asesino, reclama la dignidad de quienes quieren investigar la represión durante el período 1939-1946, hasta la caída del Eje, con más de 50.000 ejecutados según recientes estudios, la de los que quieren abrir las fosas comunes en busca de sus seres queridos –y estima en 30.000 el número de desaparecidos–. Gibson reflexiona: «Los que se rebelaron contra la legalidad republicana y luego ganaron su guerra tuvieron 40 años para desenterrar a su muertos, y lo hicieron. Allí está, además del cementerio de Paracuellos del Jarama, con su cruz incluida, el Valle de los Caídos. ¿No sería normal conceder a los vencidos el mismo derecho? ¿Es mucho pedir un poco de piedad hacia ellos?».

Frente a estas posturas que reivindican la necesidad de igualar en el trato a las víctimas del bando republicano con las del llamado bando nacional, para hacer cierta la reconciliación y la desaparición de los agravios, y para ello parece imprescindible identificar a las víctimas, las voces contrarias se apoyan en un argumento que exhibió el portavoz del Partido Popular en el debate sobre



la proposición de ley sobre la declaración de 2006 como Año de la Memoria Histórica: «Dejar la historia para los historiadores y no usarla jamás como arma política entre unos y otros». En verdad, esa recomendación suena bien, pero si se aplicara a un país ideal en el que se hubiera asentado una lectura desapasionada del pasado y todos hubieran disfrutado del mismo reconocimiento. Tal vez eso pueda ocurrir en España justo después de que cada ciudadano español haya podido disponer de todos los elementos de juicio para valorar su pasado. Por eso, para acelerar ese período, debería resolverse cuanto antes ese déficit. Mientras tanto, la realidad es otra y existen signos alarmantes de que hay sectores muy interesados en mirar al futuro desde la imagen de un espejo retrovisor complaciente, que sólo refleja un lado del camino. Todavía quedan, están vivos, personajes como esos cuatro españoles, los apestados de la guerra civil, los llama el escritor Pedro Corral en el dramático anticipo de su libro publicado hace hoy ocho días en el Magazine del *El Mundo*, que han tenido que esperar setenta años para atreverse a contar su experiencia personal como desertores a causa de haberse encontrado, por azares de la geografía en el bando contrario a su deseo. Pagaron muy duramente su apuesta. Alguno lo hizo por huir del hambre, otro por reunirse con su familia, al otro lado del frente. Hoy, setenta años después, se les dedica un libro que reúne, al fin, la visión dual de nuestra historia. Hasta hoy han tenido miedo a confesar lo que hicieron. Pero importa también el esfuerzo del autor por deshacer algún tópico y sacar a la luz una verdad —eso es también recuperar la memoria histórica—, que debería contribuir a relativizar la idea de un odio colectivo y una locura que marca los genes de los españoles. Escribe Pedro Corral: «la mejor prueba de la falta de entusiasmo bélico es que a las pocas semanas del conflicto, ambos bandos tuvieron que abrir las cajas de reclutas para empujar a la guerra a una inmensa mayoría de españoles que únicamente eran partidarios de quedarse en sus casas».

Los ex combatientes españoles que cuentan al fin el secreto que ha debido torturarlos durante setenta años, están rondando o superando los noventa años de edad. Han estado a punto de no poder aportar sus recuerdos a esa historia incompleta que algunos están dispuestos a cerrar porque lo escrito hasta ahora alimentaba su complacencia.

Como se sabe, son innumerables las referencias a este debate en los medios de comunicación, así como la abundante bibliografía generada sobre los distintos aspectos de la Guerra Civil y los personajes protagonistas. En un reciente trabajo sobre Emilio Mola, un personaje clave en el Alzamiento, obra del periodista Fermín Goñi, se desvelan algunas muy importantes y hasta ahora oscurecidas claves de su relación con Franco, que pudieron incluso conducirle a la muerte en un sospechoso accidente de aviación. Y escuché el elogio y recomendación por parte del profesor Andrés Amorós a la reedición de la novela de Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a Checa*.

Y no me resisto a volver a citar a Santos Juliá, de quien recogía, al principio, su opinión contraria a la oficialización de los intentos por recuperar la memoria histórica. Porque es el propio Santos Juliá el encargado de abrir las páginas que *El País Semanal* del pasado 9 de julio dedicaba a recorrer algunos escenarios

destacados, muy simbólicos, de la Guerra Civil: El Alcázar, la Plaza de Toros de Badajoz, el seminario de Belchite, Guernica o el Metro de Madrid. Imágenes comparativas, buscando el mismo ángulo de enfoque que hace setenta años. Y el texto de Santos Juliá, que acompaña este ejercicio de recuperación de la memoria: «Última de las guerras civiles, la guerra del 36 no acabará con un abrazo entre generales victoriosos y derrotados. Franco no acepta una rendición en debida forma; sólo se satisface con la derrota incondicional. Consumada, las escenas de militares, guardias civiles y sacerdotes entrando en los últimos reductos de la resistencia con el brazo en alto es ominoso anuncio de la suerte que espera a los derrotados. Los consejos de guerra empezaron de inmediato su tarea de limpieza y depuración: hasta 50.000 españoles, al menos, fueron fusilados después del día de la derrota. Fue la manera española de continuar la guerra mientras en Europa, medio año después, los alemanes invadían Polonia».

Ya señalé, al principio, que iba a ser muy difícil mantener un tono absolutamente aséptico durante esta intervención. Espero haber dejado claro que me muestro partidario de recuperar la memoria histórica, y en el sentido que ha aprobado el Parlamento español, porque ya es hora de que los que perdieron sepan que muchos de los que ganaron también fueron perdedores.

Y, por una consideración de carácter personal, una de tantas que ha marcado la biografía de demasiados españoles: porque yo nací en una familia en la que el padre tuvo que renunciar a su carrera profesional como militar porque fue condenada por «Auxilio a la rebelión». Y que pudo salir adelante porque contó con la ayuda de algunos compañeros de armas, sus amigos, que entraron en Madrid, triunfantes, con el Ejército vencedor. Y también quiero recuperar, con gratitud, su memoria.